

HANNAH NICOLE MAEHRER

**APRENDIZ
DEL
VILLANO**

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

RENNEDAWN



¡SALVAR A EL
VILLANO!

¡EL REY
APESTA!



CIUDAD RADIANTE



LISTA DE COSAS
SINIESTRAS PENDIENTES:

- ☐ VENGARSE
- ☐ SER CRUEL
- ☐ SEMBRAR EL CAOS
- ☐ CREAR CONFUSIÓN

HAN PASADO

10 DÍAS
DESDE

NUESTRA ÚLTIMA
FECHORÍA

¡SÁLVENME
A MÍ,
NO A ÉL!



CUEVAS DE
LOS BESOS



BOSQUE DE HICKORY



VILLA CORAZÓN



TEATRO TIERRAS
MUERTAS

0/5★

EL MAL AL PODER

MAR LIA

Aprendiz del villano es una novela de romance y fantasía para partirse de risa en la que aparecen dedos cortados rodando por el suelo de la oficina y una tabla con el recuento de días sin cometer asesinatos que no ha subido de 0 este trimestre. Como tal, la historia contiene elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores, como disputas familiares, situaciones peligrosas, lenguaje malsonante, peleas, violencia, sangre, muerte, tortura, lesiones, encarcelamientos, enfermedades, quemaduras, ahogamientos, envenenamientos accidentales y consumo de alcohol. Aquellos lectores que sean sensibles a estos temas, por favor, ténganlo en cuenta.

PRÓLOGO

Érase una vez...

Dejando de lado que sus orejas estaban echando humo, aquel era un día común y corriente para El Villano.

La primera semana de Evie Sage como asistente había sido horrible, al menos para Trystan Maverine. La cera de una de las velas que tenía delante estaba goteando. La base del pequeño portavelas que la sujetaba no era lo bastante ancha, por lo que iba cayendo sobre el pergamino que estaba revisando. La miró con desprecio. Aquel desafío le recordaba al de la mujer que había contratado mientras estaba desangrándose y perdiendo el sentido en el bosque de Hickory.

Un momento excelente para tomar decisiones importantes sobre la contratación de nuevos empleados, desde luego.

En su defensa, tenía que decir que daba por hecho que ella renunciaría casi de inmediato. Sin embargo, aquella mujer era inquebrantable. Lo había intentado todo, no había dejado nada en el tintero, ni siquiera el asesinato. Pero encontrarse un cadáver en su mesa tampoco la había hecho flaquear, ni a ella ni a su maldiva sonrisa. Daba lo mismo qué tareas le encomendara o el peligro y la repulsión que entrañaran; ella siempre sonreía. Y lo que era peor: no se iba. Su insistente presencia le inspiraba un sentimiento que no lograba descifrar.

La notaba de pie a su lado, emanando calor, prácticamente resplandeciendo, como una especie de lucecita parpadeante.

Una lucecita que tenía que esforzarse por no mirar, pues sentía como si fuera una cuerda que jalaba su atención, su mente. Aunque él no pensaba dejarse distraer. En lugar de eso, se quedó mirando fijamente el ónix del que estaba hecho su escritorio, donde caía otra gota de cera. Estaba cerca del punto de no retorno, lo sentía acercándose como un líquido inflamable a un barril de pólvora.

La correspondencia que tenía en las manos no ayudaba. *Malditos nobles*. Otra invitación de lord Fowler, el único noble dispuesto a hacer negocios con El Villano. Habría sido un punto a su favor si el hombre no estuviera cada dos por tres mandándole invitaciones a fiestas. Para el caso, igual podía mandarle una bomba. Por suerte, las muestras de amabilidad por carta eran fáciles de ignorar. A diferencia de cuando la fuente de amabilidad estaba a metro y medio de distancia, sonriendo y... Por todos los dioses, ¿estaba canturreando?

Nadie debería ser tan alegre. Era antinatural.

Se preguntó si la asistente que había contratado no sería humana, tal vez una especie de duendecillo maníaco que nunca había experimentado la oscuridad. Y, por desgracia, esa disposición antinatural no sólo la abarcaba a ella. Su energía contagiosa se extendía por la oficina más rápido que el mal místico, el cual ya llevaba una década cobrándose la vida de los habitantes de Renne-dawn. Él parecía ser el único indemne. Al resto de los trabajadores se les veía más felices, las vidrieras con representaciones de asesinatos brillaban con más fuerza, incluso los guardias parecían más amables y menos sanguinarios.

Esa mañana había visto a un becario dando brincos por la oficina. Esa había sido la gota que había colmado el vaso.

Sage volvió a tararear por segunda vez desde el otro lado de la estancia. Le entraron ganas de agarrarla por los hombros y exigirle que le dijera de dónde venía aquel pozo inagotable de emociones agradables. Ella tarareó de nuevo y a él le entró un tic en el ojo. Se había equivocado. *Esa* era la gota que colmaba el vaso.

Apartó la vista de la correspondencia con la boca abierta, listo para reprenderla, pero se quedó mudo al ver el estado de ensoñación en su rostro. Estaba inclinada hacia la ventana abierta del despacho, con el perfil iluminado por la luna y las estrellas. El aire nocturno acariciaba su melena oscura y creaba la ilusión de que estaba volando. Se quedó mirando la forma de su nariz, casi... ¿cautivado?

Había que hacer algo al respecto.

Desvió la mirada antes de gruñir:

—Estos papeles no se van a ordenar solos, Sage. —La fulminó con la mirada mientras deslizaba los callos de sus dedos sobre el pergamino, fingiendo ordenar las páginas.

Puede que un cadáver sobre su mesa no lograra quebrarla, pero obligarla a hacer papeleo a aquellas horas de la noche tenía una gran probabilidad de conseguirlo.

La asistente se acercó grácilmente al escritorio y su rostro entró en el campo de visión de Trystan. Tenía la nariz arrugada y la cabeza inclinada hacia él, con los rizos negros cayéndole por los hombros.

—Pero no me diga que eso no sería de lo más conveniente —respondió con alegría.

Trystan estaba a punto de vomitar.

Empezó a toser, asqueado por aquel calor que lo invadía, y miró hacia el escritorio, hacia Reymundo, una de sus amistades más antiguas. Habían sido casi inseparables durante aquella última década. El que en su día había sido un príncipe humano era la razón por la que Trystan se había metido en aquel embrollo. Los caprichosos paseos del anfibio lo habían llevado directo a los brazos de la guardia mágica del rey. Lo cual había llevado a Evie Sage directa a los brazos de Trystan. Literalmente. Aún podía sentir el calor de su cuerpo en contacto con el suyo y el aroma a rosas de su pelo.

La corona de esa rana revoltosa se deslizó hacia un lado mientras levantaba uno de sus cartelitos. Decía: BONITA.

—¿Crees que no lo sé? —masculló Trystan mientras le arrebatava el cartel de la diminuta pata palmeada y lo dejaba de un golpe boca abajo sobre la mesa para evitar que Sage lo viera.

—¿Que sabe qué, señor? —preguntó ella.

Mierda.

—Que su tendencia a soñar despierta entorpece el ritmo de trabajo —refunfuñó a la vez que le dedicaba una mirada asesina a Reymundo mientras este negaba con la cabecita. *No pienso seguir las órdenes de una rana de mierda.*

Sage volvió a su mesa prácticamente flotando y, con una mezcla de picardía y sinceridad en los ojos, replicó:

—No estaba soñando despierta. Estaba pidiendo un deseo. —La falda de color verde cubierta de florecillas se arremolinó a su alrededor mientras proyectaba toda la fuerza de su alegría hacia él.

Trystan estuvo tentado a agacharse para esquivarla.

En vez de eso, optó por aprovechar su comentario como distracción.

—¿Un deseo?

Evie se sentó en la nueva silla que había frente a él, se apartó los rizos oscuros de la cara y agarró un montón de papeles, dispuesta a ordenarlos.

—¿Nadie le ha explicado nunca que las estrellas escuchan los deseos? —preguntó perpleja, como si fuera *él* quien acabara de decir algo absurdo.

—Nunca me enseñaron esa lección en la escuela —respondió con sequedad antes de volver a centrar la atención en un informe de la comandante de su Guardia Malévola, Keely*.

Sage frunció el ceño.

* Algunos lectores sagaces habrán notado que en el primer volumen de esta trilogía, el comandante de la Guardia Malévola y sus subalternos eran señores. Debido a las particularidades del idioma original y en un más que bienvenido giro del guion, descubrimos ahora que la Guardia Malévola está compuesta, mayoritariamente, de jefazas. ¡Bienvenidas sean! (*N. de la T.*)

—Ah, no, a mí tampoco me lo enseñaron en la escuela. Lo aprendí de mi madre y su familia. El tío Bale era un experto en estrellas. Mi prima Helena y yo solíamos pasar los veranos aprendiendo cosas sobre ellas. Nos acostábamos en la hierba por la noche a hablar con el cielo. Era divertido. —Su mirada alegre desapareció de repente y su sonrisa vaciló. Aunque sólo fue por un segundo, él igualmente se dio cuenta y le pareció raro.

Siguió hablando de todas formas, casi por instinto.

—En la escuela nunca me enseñaron cosas así de interesantes, pero eso no impidió que la echara de menos cuando dejé de ir.

Trystan se obligó a fijar la mirada en la cera de las velas de su escritorio.

—En su currículum no mencionó nada sobre su educación.

Ella respondió con un desenfado tan exagerado que se notaba que era falso.

—Tuve que dejarla tras la desaparición de mi madre. Mi padre tenía sus negocios y alguien tenía que quedarse en casa con mi hermana pequeña.

No insistas. No tiene importancia.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó.

Maldita sea.

Oyó cómo los papeles que ella tenía en las manos crujían. Debía de estar agarrándolos con fuerza.

—Trece.

Trystan notó un peso en el pecho.

Reymundo tenía ahora otro cartel que estaba claro que iba dedicado a él. La rana lo balanceó delante de su cara. **IMBÉCIL.**

—Sage, lo... —Se detuvo a media frase. Tenía una disculpa en la punta de la lengua. *¿Una disculpa?* El Villano jamás se disculpaba. El mero impulso de hacerlo lo dejó tan impactado que cerró los labios.

El apellido de su asistente flotaba incómodo en el aire que los envolvía. Arrugó una carta y la tiró al bote de basura para evitar desviar la mirada hacia ella, aunque, por supuesto, acabó mirándola de todos modos.

Un gesto de espanto se había apoderado de su alegre fachada. Y ese espanto se convirtió en vergüenza cuando se percató de que la estaba mirando.

—Ay, lo siento. No suelo hablar tanto.

Eso no era para nada cierto. Sólo en los últimos siete días, había oído hablar a ese pequeño estorbo más que a cualquier otro ser humano que hubiera conocido antes. Y lo peor era que recordaba todas y cada una de las palabras que había dicho.

—Sospecho que me está mintiendo. —Su tono era más brusco que amable.

—Ah, ya —contestó ella, y luego soltó una risita—. Sobre lo de hablar, sí, pero lo de que lo siento lo dije de corazón.

Ahí estaba esa soltura tan típica de ella. Esa rapidez a la hora de disculparse. Hacía que pareciera tan fácil.

—No se preocupe —gruñó El Villano.

A ella se le iluminó la cara y él se quedó parpadeando. ¿De verdad había dicho eso?

—Cada vez me siento más cómoda con usted —añadió.

Dios mío, esa mujer era como el sol. Necesitaba unos anteojos polarizados sólo para poder mirarla. Entrecerró los ojos y frunció el ceño.

—Bueno, la comodidad no está permitida en esta oficina. Quizá ahora sí debería disculparse.

Evie se mordió el labio, pero no pudo evitar que se le curvara hacia arriba de todos modos. Giró la cabeza hacia la ventana, hacia la estrella más brillante que había en el cielo. Se la veía nostálgica.

Demasiado para soportarlo. Necesitaba que se fuera. En este instante.

Antes de tener oportunidad de asustarla, ella volvió a mirarlo. Tenía las mejillas sonrosadas. Sus pequeños dedos aflojaron los papeles que tenía en las manos mientras decía con total sinceridad:

—Lo siento. Pero es verdad. Este es el mejor trabajo que he tenido.

Trystan murmuró una maldición en voz baja. Aquello había sido como un guantazo, y le había dado tan fuerte que casi lo había hecho retroceder. Se jaló el cuello de la camisa para no ahogarse.

La misteriosa sensación que aparecía después de someterla a esas pruebas de resiliencia y que ella las pasara con una sonrisa se terminó revelando: alivio.

El corazón le latía con fuerza, lo cual era un indicador del peligro que entrañaba aquella emoción, pero tomó aire de todos modos y contestó:

—Me... complace oírlo. —Se levantó y le quitó los papeles de las manos. Ella los soltó de inmediato—. Puede retirarse por hoy, Sage. Creo que ya la torturé lo suficiente.

Ella desvió la mirada hacia las puertas del despacho mientras se levantaba. Entonces se puso una mano en la cadera y enarcó una ceja.

—No creo que los hombres de las mazmorras estén de acuerdo, señor.

El Villano se atragantó y se tuvo que golpear el pecho para ahogar la risa. Después dibujó una fina línea con los labios apretados.

—A menos que quiera unirse a ellos, le sugiero que se vaya.

Ella arrugó la nariz una vez más antes de encaminarse hacia la puerta, pero volvió a detenerse para mirar por la ventana. Algo la había atraído hacia los destellos nacarados del cielo que se reflejaban en sus ojos.

—¿Qué deseo pidió? —Las palabras salieron en un susurro áspero. No había podido evitarlo. Necesitaba saberlo, aunque no sabía por qué.

Ella lo miró de frente. Fue retrocediendo de espaldas lentamente hasta llegar a la puerta y agarró el picaporte. Tenía un rostro plácido que a Trystan lo hacía sentir como si sus huesos fueran de gelatina.

—Se lo contaré cuando se cumpla.

Cerró la puerta con cuidado al salir. Por el rabillo del ojo, Trystan volvió a ver el brillo de las estrellas. Soltó una risa burlona y enseguida se dirigió a su escritorio para hurgar en el primer cajón en busca del rubí que servía como cristal de aviso. Deseos. Vaya ridiculez.

Usaba ese rubí, como muchas otras de las piedras preciosas que poseía, para comunicarse con los miembros de su guardia. Cada unidad tenía una gema mágica asignada y esta variaba dependiendo del estatus, pero aquella situación requería a la Unidad Rubí. La más letal. Su preferida.

No se demoró en dar la orden de que alguien calificado siguiera a Sage en las sombras para asegurarse de que llegara a casa sana y salva. Había muchos peligros acechando en el bosque de Hickory; criaturas a la espera de clavarle las garras a alguien joven como ella, y él ya había invertido una semana de su tiempo en formarla. No iba a permitir que se desperdiciara. Y, para ello, había que tomar medidas que garantizaran su supervivencia.

Al fin y al cabo, ¿de qué servía tener una asistente si estaba muerta?



CAPÍTULO 1

EL CABALLERO

Evie Sage está muerta.

Las palabras del caballero resonaron en la amplia entrada de los aposentos del rey y rebotaron contra las opulentas paredes como un lamento fúnebre.

El rey Benedict tenía la cara inclinada hacia un libro y las imaculadas manos apoyadas sobre las páginas. La luz del sol que entraba por el ventanal se derramaba sobre las hojas escritas con tinta plateada y hacía que la habitación resultara densa y sofocante. El caballero se empezó a mover inquieto bajo la pesada armadura, pero en cuanto el rey levantó la cabeza, se quedó inmóvil.

Aquello había sido un error.

El rey Benedict cerró el libro y la luz del sol se atenuó un poco, como si el astro estuviera decepcionado. El monarca se levantó despacio, con una sonrisa comprensiva asomándole en los labios.

—Es una lástima —dijo pasándose una mano por el pelo de color arenoso. Sólo tenía unas pocas canas, lo cual era sorprendente para un hombre de tan avanzada edad—. La pobre muchacha fue corrompida por El Villano. Aunque supongo que, en cierta manera, fue una muerte piadosa. No se puede salvar a una persona que se ha acercado tanto a la oscuridad.

Ahora puede descansar en paz. —La sonrisa del rey era auto-complaciente.

Te odio.

El caballero apretó el puño, pero lo aflojó antes de que el rey se diera cuenta. Asintió.

—Usted siempre es piadoso, mi rey —respondió a pesar de que las palabras le quemaban la lengua.

Benedict entrecerró los ojos y señaló una silla acolchada.

—Por favor, siéntese. El viaje de vuelta a palacio debe de haber sido agotador. ¿Cómo está sir Ethan? Se quedó con usted para cerciorarse de que las cosas salían como debían, ¿no?

El caballero se acercó con cuidado a la silla de terciopelo rojo. El cojín cedió cuando se sentó. Lo único visible bajo el yelmo que llevaba eran sus ojos verdes.

—Sir Nathan, majestad —lo corrigió con cautela.

—¡Ah, eso! Sir Nathan. —El rey rio entre dientes.

Entonces el caballero añadió sin rodeos:

—Muerto.

—¡Uy! —El rey alzó las cejas.

El caballero dijo las palabras exactamente como las había practicado:

—Me temo que Otto Warsen estaba demasiado sediento de sangre. Acabé con él yo mismo después de que se volviera contra sir Nathan y yo. —Estaba orgulloso por haber logrado evitar que su voz temblara al decir aquella mentira.

El rey no pareció entristecerse, lo cual no sorprendió a nadie. Bueno, al menos a nadie entre los presentes.

—Muy bien. Cuantos menos cabos sueltos, mejor. Confío en que se haya ocupado del cadáver de Warsen.

Los labios del caballero se curvaron bajo el yelmo al recordar cómo se habían... «ocupado» de la cabeza del señor Warsen.

—Sí, mi rey.

Comenzó a acumularse más sudor en la nuca del caballero. Sabía lo que el rey estaba a punto de preguntarle.

—¿Y el cuerpo de Evie Sage? ¿Puedo verlo?

La luz que entraba por el ventanal iluminaba el dorso de las manos del caballero, ahora cubiertas por unos guantes nuevos, sin salpicaduras de sangre. Aquella luz le dio una sensación de paz mientras decía:

—Me temo que los curanderos necesitan tiempo para tapar las heridas y adecentarla, tal y como usted lo pidió. Rogaron que no se les moleste mientras trabajan.

Se hizo el silencio. El caballero contuvo la respiración para que el rey no notara lo rápido que se le movía el pecho. *Mantén la compostura*, se ordenó a sí mismo, convencido de que su corazón estaba latiendo tan fuerte que el rey era capaz de oírlo.

Benedict sonrió, pero la sonrisa no se vio reflejada en sus ojos. Nunca lo hacía.

—Supongo que puedo concederles esa petición. Pero asegúrese de que esté preparada para el desenmascaramiento a finales de semana.

El caballero asintió, exhalando con lentitud.

—Sí, mi rey. —No le hizo falta preguntar en qué consistía ese «desenmascaramiento». Al rey se le daba bastante bien presumir de sus logros.

Y en tres, dos, uno...

—A finales de semana, vamos a desenmascarar a El Villano delante de todos los notables de estas tierras.

Vaya, pensé que no iba a pasar del dos. Pero su majestad estaba muy ansioso. Los ojos le brillaban con un aire maniaco mientras hablaba.

—Un verdadero logro, mi rey. —El caballero entrecerró los ojos para fingir una sonrisa—. Lo felicito.

El rey se levantó con un movimiento exagerado y la capa forrada de piel voló tras él mientras arrojaba un libro de su escritorio sobre la mesita de té que había frente al caballero. El golpe sacudió la madera e hizo vibrar los cálices de plata, en cuyo interior apenas quedaban unas pocas gotas de vino. Pen-

só que no le vendría mal tomarse una copa llena hasta arriba. O varias.

—Esto es el inicio de una nueva era para Rennedawn.

El caballero enarcó las cejas. Aquello sonaba... ominoso.

El rey siguió hablando:

—Presentar a Evie Sage como la víctima perfecta consolidará el odio del reino hacia El Villano. Por fin habrá pruebas de todas sus fechorías. —Señaló el libro, cuya cubierta incluía una opulenta gama de colores vivos—. *La historia de Rennedawn*.

¿La fábula infantil? *La historia de Rennedawn* era un relato épico sobre los orígenes del reino y el hechizo que evitaría la extinción de la magia. Supuestamente, la fábula había sido transmitida por los propios dioses, aunque lo más habitual era oírla de boca de los padres cuando reprendían a sus hijos. El caballero nunca antes había visto una versión publicada, pero la colorida portada no invitaba mucho a confiar en la legitimidad del texto. ¿Acaso el rey tenía dificultades para distinguir entre ficción y realidad?

Quizá la corona le aprieta demasiado.

Aunque era cierto que corría el rumor de que Rennedawn había comenzado a desvanecerse de verdad. Si la historia era cierta...

¿Era posible que esos rumores fueran fundamentados?

El rey suspiró.

—Me temo que, para seguir siendo el reino mágico más poderoso, necesitaré que me haga un gran favor.

El rey le había pedido muchos grandes favores, y todas las veces, sin falta, su respuesta era:

—Sí, mi rey.

—Necesito que vaya a la casa de la familia Sage y recupere las cartas de Nura Sage. Tráígalas antes de que acabe el día.

El caballero respondió con cautela:

—Lo que su majestad ordene. No obstante, ¿me permite preguntarle para qué las va a necesitar?

—Tenía esperanzas de que la mayor de las Sage poseyera los mismos poderes que su madre, pero, a pesar de los esfuerzos de Griffin, la niña era una inútil. —Benedict se dio unos golpecitos en la barbilla y frunció el ceño—. Bueno, inútil en vida. —El caballero permaneció impasible—. En cualquier caso, las cartas nos ayudarán a dar con el paradero de Nura. Hace años que nadie sabe dónde está.

La voz del caballero apenas superó la fuerza de un susurro.

—¿Y la Sage más joven?

El rey hizo un gesto con la mano.

—La podemos dar por muerta. Fue tomada por la horda de El Villano.

El empalagoso calor se había vuelto tan sofocante que el caballero empezó a marearse.

—¿Y qué hay de los gubres, alteza? ¿No es necesario el veneno de uno de ellos? Tenía entendido que también se requería. Luz estelar y veneno del Destino, algo así era, ¿no?

Una vena palpitó en la frente del rey, pero su rostro permaneció inexpresivo. Se agachó, agarró el libro y lo colocó con cuidado en una vitrina de cristal junto a las ventanas. Su voz de barítono, casi melódica, hizo vibrar las paredes por el desdén con el que habló:

—Por suerte, tengo en mi poder al hombre indicado para ayudarme con eso.

El caballero sabía a quién se refería, pero eso no impidió que un escalofrío le helara la sangre.

El Villano.



CAPÍTULO 2

EL VILLANO

El Villano no echaba de menos la luz; echaba de menos los colores.

Trystan levantó la mirada con los lamentos de los demás prisioneros resonándole en la cabeza. La piedra que notaba bajo las manos húmedas era áspera, y era lo único que lo mantenía conectado a la realidad en medio de aquella interminable oscuridad. La oscuridad era como la muerte. Una muerte sin paz; una oscuridad sin luz. El dolor de sus músculos era el único indicador de que seguía vivo.

Su ritmo cardíaco se aceleró. No podía respirar. No había barras a las que agarrarse. Tampoco ningún poder que invocar, como si hubieran atrapado a su niebla entre cuatro paredes, igual que a él. Pero la sentía retorcerse y enroscarse en su interior. Pedía libertad. *Ya somos dos.*

—Basta. —Trobezó y su hombro tuvo la suerte de chocar contra una superficie irregular. Ladrillos. Gracias a los dioses. Había una pared. Aquella robustez resultaba reconfortante en contraste con su mayor temor: la oscuridad. Sus manos, llenas de ampollas, siguieron aquella superficie curva sin descanso, pero no había final a la vista. ¿Dónde estaba la maldita puerta?

Se detuvo para tomar aire. *Respira, Trystan.* Tenía que salir de ahí, tenía que encontrar a Sage. Evie... Otto tenía a Evie, la estaría...

No. No podía pensar en eso ahora. Todavía no.

Siguió la pared, palpando de arriba abajo, moviéndose en un círculo sin fin capaz de volver loco a cualquiera. Estuvo así ¿cuánto? ¿Minutos? ¿Horas? No tenía ni idea.

El cansancio lo obligó a cerrar los ojos un momento. ¿Qué más daba? No había forma de que pudiera escapar de allí, y menos con su magia fuera de servicio. Aquella no era la misma celda en la que había estado encerrado cuando lo llevaron a la casa de verano del rey; era una cámara destinada específicamente para él, para recluirlo y torturarlo.

Era consciente de la ironía que aquello suponía.

La desesperación era un sentimiento horrible, por no decir inútil. Pero notó que la esperanza se esfumaba cuando cayó de rodillas por segunda vez aquel día.

Gruñó. Echaba de menos la indiferencia, echaba de menos la capacidad de sofocar sus sentimientos como si fueran una fogata. Era preferible a tener esas llamas corroyéndolo por dentro. Sin embargo, con Sage la indiferencia no había funcionado. Ahora lo sabía, igual que sabía que no estaba solo en esa estancia.

—Tienes muy mal aspecto, muchacho.

La furia latía tras sus ojos adoloridos. Su visión se estaba esforzando inútilmente por ver a Benedict, que estaba plantado frente a él. El rey tenía artilugios para cazar en la oscuridad, los había utilizado para atormentar a Trystan la primera vez que lo había encarcelado. En otra vida, quizá podría haber llegado a admirar su talento para el espectáculo, pero, en esta, lo único que quería era romperle los dientes.

El Villano se impulsó para ponerse de pie sobre sus piernas temblorosas e hizo el esfuerzo de intentar hablar con un tono firme.

—Bueno, estoy seguro de que eso es un consuelo para ti, Benedict. Debe de ser como mirarse al espejo.

Benedict se rio entre dientes.

—Tranquilo, viejo. No hay necesidad de ser hostil. Sólo vine a hablar contigo.

—¿Ya empiezas con la tortura?

Trystan sabía que el golpe iba a llegar, así que esperó para poder calibrar desde qué dirección. El puño le dio en el estómago con tanta fuerza que el aire se le escapó de los pulmones y sus rodillas cedieron. ¿Ese guardia llevaba un puño de acero? Por los dioses, qué dolor.

Benedict volvió a reírse. Trystan notó un dolor agudo y desorientador en el torso al intentar inhalar. Pero le daba igual; él ya sabía lo que era el dolor, sabía lo que era sentir una agonía más profunda que el mar Lila. Hacía tiempo que había aprendido a acercarse al dolor en lugar de alejarse de él.

Unas manos ásperas cerraron unas esposas metálicas y bien apretadas alrededor de sus muñecas. El roce le puso la piel en carne viva mientras se revolvía contra las cadenas y las tensaba contra la pared. La sensación de inmovilidad era peor que el dolor.

—Qué decepción. Esperaba tener una conversación civilizada —dijo el rey en tono burlón.

—Nunca se me han dado bien las formalidades. —Aquel dolor punzante le palpitaba ahora en el costado. Maravilloso. Se había fisurado una costilla.

El rey soltó un silbido.

—Entonces iré al grano. Necesito los gubres apareados. Cuanto antes.

Ahora le tocaba a Trystan echarse a reír.

—¿Y qué te hace creer que voy a entregártelos?

—¿Qué tal si arrojo algo de luz sobre el asunto? —Se oyó un ruido y, a continuación, la habitación se inundó con el tenue resplandor de una antorcha. Los sensibles ojos de Trystan se llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces—. Ya está. Ahora puedes verme con más claridad.

—Uf, qué susto. Mejor apágala.

Otro golpe en las tripas, pero esta vez fue capaz de ver cómo se acercaba el puño y prepararse. *Pequeños milagros*.

Ahora también veía a Benedict a la luz de la antorcha: su pelo perfectamente peinado y su vestimenta bien confeccionada, la

cual hacía que la camisa de Trystan, que ahora veía lo rota que estaba, pareciera un harapo.

—Te estoy dando la oportunidad de redimirte, Villano. Los gubres son esenciales para el futuro de este reino y de toda su gente. Esta es tu última oportunidad de eximirte de todo el daño que has causado.

Trystan soltó una carcajada.

—¿Y qué hay del daño que has causado tú? —Miró a Benedict de arriba abajo con desdén sabiendo la furia que eso le provocaría—. Imagino que crees que tus crímenes son excusables siempre y cuando los cometas en la oscuridad.

El rey tragó saliva y sus hombros se tensaron, como si se estuviera conteniendo para no darle un puñetazo.

—Serás idiota... No tienes ni la menor idea de lo que está en juego.

Benedict se estaba tambaleando frente a un precipicio y Trystan lo sabía. Sentía cómo se estaba formando la burbuja de la verdad tras esos labios maliciosos. El orgullo sería la perdición del rey, estaba tan seguro de ello como de que la luna acompañaba a las estrellas y la hierba crecía con el sol. Lo único que Trystan tenía que hacer era meter el dedo en la llaga correcta.

—¿La montaña de fallas que has ido acumulando al fin te está pasando factura, Benedict? —preguntó con una sonrisa.

Al rey se le hinchó una vena en la frente mientras se acercaba hasta quedar lo bastante cerca de él, pero fuera de su alcance.

—Yo nunca he fallado. Me *han* fallado. Primero tú, luego la gubre hembra... —Benedict hizo una pausa y sus ojos se iluminaron con una peligrosa satisfacción—. Por suerte, los errores se pueden rectificar. Empezando por la pobre e ilusa madre de Evie Sage.

Mencionar su nombre era una declaración de guerra. Un rápido relámpago de ira candente recorrió la piel de Trystan y lo distrajo del significado de aquellas palabras, de la verdad que Benedict no debió haber revelado.

¿Qué quería el rey de la madre de Sage?

Trystan se esforzó por mantener el rostro inexpresivo, pero se estremeció al oír aquel nombre. Benedict sonrió ante su reacción. Probablemente ya sabía el efecto que tenía en él después de cómo había suplicado por ella. Qué aborrecible es que tus defectos se muestren ante el mundo, qué perversamente doloroso.

Trystan se armó de valor y echó los hombros hacia atrás para seguirle el juego.

—Mantener cautivo a un gubre recién nacido no creo que haga que el Destino te tenga en gran estima, Benedict. Capturaste y enjaulaste a la hembra durante casi una década. Dudo que eso no haya conllevado ciertas consecuencias.

El rey sonrió.

—¿Quién dijo lo contrario?

Trystan entrecerró los ojos, decidido a no entregarle absolutamente nada. Pero la curiosidad lo consumía como el ácido.

La máscara de gentileza del rey se resquebrajó al ver que Trystan no reaccionaba.

—Eres un egoísta y un desagradecido. —Los labios de Benedict se curvaron en una mueca de desagrado—. Te acogí como mi aprendiz. Te enseñé todo lo que sé, te moldeé a mi imagen y semejanza. Y no sólo eso; confié en ti, en que harías lo mejor para este reino. Vi cómo te esforzabas por ayudarme a salvarlo y cómo acabaste fracasando por completo.

La punzada que Trystan sintió en el pecho y detrás de los ojos no era real. No necesitaba sentirla si no quería. Él tenía el control. Resopló y parpadeó para deshacerse del agua que empujaba a empañarle los ojos ya cansados. Sus costillas protestaron cuando se irguió.

—Aterrorizar al reino es mucho más satisfactorio que llevar a cabo nobles heroicidades. Me alegro de haberlas dejado atrás.

No pienso sucumbir.

—Además —añadió con desdén. Una oleada de furia lo llenó de energía—, lo cierto es que de todos modos te ayudé, pero a mi

manera. Me convertí en el villano del cuento. ¿Acaso no era eso lo que necesitabas?

El rey sonrió e hizo un gesto con la cabeza hacia las puertas, indicando a los guardias que se fueran. No quería que oyeran lo que iba a decir a continuación. Esperó a que se hubieran marchado para volver a hablar.

—No sé de qué hablas.

—Te ayudé a rastrear el reino entero en busca de luz estelar, por si no te acuerdas. Te ayudé a atrapar a la gubre. Presencié cómo estudiabas mi magia para luego usarla en mi contra. No soy tonto, Benedict. Ya sabía que todas esas cosas estaban conectadas. Mis espías han oído los rumores sobre *La historia de Rennedawn*. No hace falta seguir fingiendo.

Benedict levantó la mano para asestar un golpe, pero se contuvo, tragó saliva y la bajó.

—Te pareces tanto a tu madre. Supongo que Arthur no estuvo lo suficientemente presente como para que se te pegara su temperamento.

Las palabras del rey daban a entender que conocía bien a sus padres, pero Trystan decidió que ya se preocuparía por eso más tarde. En ese momento estaba demasiado distraído pensando en Arthur, su padre, que había sido capturado por los hombres del rey y —sintió que se le hacía un nudo en el estómago— acusado falsamente de ser El Villano.

—Doy por hecho que, ahora que me tienes, liberarás a Arthur.

—Todo a su tiempo, muchacho. —Benedict se dio la vuelta con la antorcha en la mano y se encaminó hacia una pared corrediza. La luz se iba desvaneciendo con él—. Pienso conseguir los gubres, cueste lo que cueste.

Cuando la oscuridad estaba a punto de volver a inundarlo todo, Trystan se tambaleó hacia adelante. De repente se sentía desesperado.

—Benedict. —El rey se detuvo de espaldas—. Mi asistente tiene un gran valor para mi negocio. Si le sucede algo, si sufre al-

gún tipo de daño..., acabaré contigo. Y me aseguraré de hacerlo a plena luz del día, a la vista de todos. —Habló con voz ronca y en un tono grave y calmado a pesar del nerviosismo que invadía su cuerpo.

El rey se dio la vuelta al escuchar aquella amenaza. El rostro de Evie apareció en la mente de Trystan; no pudo evitarlo. Sus lágrimas, sus gritos mientras Otto Warsen le ponía aquella asquerosa mano sobre la boca. Las heridas físicas de El Villano no eran nada comparadas con el dolor punzante que le oprimía el corazón. No se había sentido tan indefenso desde hacía más de una década. Su cuerpo era incapaz de soportar aquella tensión, aquella necesidad imperiosa de protegerla mezclada con la imposibilidad de hacerlo.

El reyladeó la cabeza con un gesto fingido de compasión.

—¿No te lo había dicho? Mis disculpas...

Trystan casi habría podido asegurar que sintió las palabras antes de que el rey las pronunciara. Aquel presentimiento hizo que de repente la oscuridad le pareciera un nuevo hogar. El más adecuado de todos.

—Está muerta.



CAPÍTULO 3

EL VILLANO

Siete días después.

S*age no está muerta.*

El sol había desaparecido tras el horizonte, pero el cielo nocturno, repleto de estrellas, parecía estar burlándose de él con semejante resplandor.

Los guardias lo habían sacado a rastras del calabozo. Sus extremidades eran como sacos de arena debido a las esposas mágicas que le mermaban la fuerza. Había mantenido la cordura gracias a una verdad irrefutable que en esos últimos días se había repetido una y otra vez como si fuera un mantra:

Sage no está muerta.

Seguro que el rey estaba mintiendo para atormentarlo. Muy inteligente de su parte, había que admitirlo. Sin embargo, Benedict no había tenido en cuenta que Sage y él estaban irrevocablemente unidos por un pacto de tinta dorada: una herramienta de trabajo que en un principio debía garantizar la lealtad de su nueva asistente, pero que se había convertido en una forma de asegurarse de que estuviera a salvo. Sage seguía creyendo que la línea dorada que llevaba alrededor del meñique la mataría si lo traicionaba. Trystan juró en voz baja que le diría la verdad cuando volviera a verla.

Porque volvería a verla.

Sería un desastre, por supuesto. Él se deleitaría con perversión al ver su nariz arrugada y su cara enrojecida por la ira, al escuchar sus gritos mientras el rubor iba bajándole por el pecho, sumergiéndose por debajo del corpiño. En ese momento, como es de esperar, él se distraería y dejaría de prestar atención. Ella se daría cuenta y le gritaría aún más.

No veía la hora de que llegara ese día.

Las cadenas que llevaba atadas a las muñecas eran lo bastante largas como para ir arrastrándose por el suelo, que estaba asqueroso y lleno de mugre; ni siquiera sus mazmorras eran tan repugnantes. Pero había ventanas y luz, y al menos las cadenas ya no lo ataban a la pared, así que, en general, le parecía mucho mejor ese alojamiento.

—¿Podrían darme una celda esquinera? —preguntó a los guardias a través de los barrotes. Apenas había hablado en no sabía cuántos días, y se notaba. Las palabras le salían de la boca como papel de lija contra una piedra.

—¡Cállate, sinvergüenza! Espero que el rey te destripe y te cuelgue después del desenmascaramiento. —El guardia de su izquierda jaló las cadenas y lo hizo tambalear.

—¿Tú también te desenmascararás? —preguntó El Villano con brusquedad.

El guardia se levantó el casco para dejar al descubierto su rostro demacrado y una expresión que Trystan supuso que siempre se mantenía ceñuda. Se preguntó si él también tendría ese aspecto cuando fruncía el ceño.

—Yo no llevo ninguna máscara —dijo el guardia.

Trystan suspiró.

—Por desgracia.

La cara del guardia se desencajó por la furia y levantó el puño.

—Serás hijo de...

En ese momento el hombre fue detenido por el guardia que estaba a la derecha de El Villano.

—Estese quieto, sir Seymore, y no se preocupe. Yo mismo seré quien lo lleve al salón de baile para el desenmascaramiento. —La voz profunda de ese otro guardia le sonaba extrañamente familiar, pero tenía el rostro cubierto y sólo se veían sus ojos verdes.

¿Había visto antes esos ojos?

Mientras Trystan contemplaba aquella posibilidad, su mirada se desvió hacia el final del pasillo. Aún tenía la vista borrosa y necesitaba forzarla después de tanto tiempo sin luz, pero fue capaz de distinguir una puerta marrón entreabierta. Presionó la lengua contra el paladar. *Una vía de escape*. ¿Lo estaban llevando directo al desenmascaramiento? Aquella puerta abierta debería haberle parecido una condena, pero lo único que le despertaba era una sensación de libertad. Sólo necesitaba una buena distracción y encontrar la forma de quitarse las esposas mágicas que le cortaban la circulación de las muñecas...

Posó la mirada en una enorme ventana, más allá de los barrotes, y el cielo nocturno parpadeó para devolverle el gesto. Sabía que era irracional pedir un deseo, pero, cuando vio que una de las estrellas de la ventana titilaba otra vez, como desafiándolo, acabó haciéndolo sin saber muy bien por qué.

Deseaba encontrar a Sage.

Deseaba decirle que lo sentía.

Deseaba mejorar su capacidad para comunicar cómo se sentía.

Y, quizá lo más importante, también deseaba tomar el té a la hora de la merienda con su hermana pequeña, Lyssa.

Sentía que todo aquello era ridículo, pero fue ese pensamiento el que, de alguna forma, les dio energía a sus lánguidas extremidades cuando oyó que el guardia de ojos verdes abría el cerrojo de la jaula.

Aún no. Aún no. AHORA.

Atravesó la puerta corriendo, arrastrando las cadenas tras él, con el metal lastimándole las manos al agarrarlo. Los músculos de las piernas le ardían mientras corría, pero no podía detenerse. La

salida estaba tan cerca... Empezó a hiperventilar y los pies calzados únicamente con calcetines le hicieron resbalar sobre la piedra. Sólo los dioses sabían dónde habían ido a parar sus botas.

Fue un poco humillante lo mucho que luché para que no me las quitaran, pensó entre jadeos. Se las había regalado Sage.

Cuando casi había llegado a la puerta, oyó a los guardias gritar tras él. La voz más alta pertenecía al caballero de ojos verdes, que le rogaba que se detuviera. La pura desesperación —¿y era posible que también percibiera un dejo de miedo?— en su voz hizo que Trystan se detuviera al poner la mano en la puerta.

—¡No entre ahí, señor Maverine! ¡Créame, lo lamentaré!
—Mira, Benedict al final había revelado su verdadero nombre a los Guardias Valerosos. Sin duda, pronto se difundiría por todo el reino, el apellido Maverine quedaría condenado y su familia sufriría las consecuencias.

Intolerable.

No el hecho de que aquello fuera a afectarles, sino el hecho de que a él le importara.

Empujó la puerta y oyó la voz satisfecha de Benedict detrás de él. Debería haberse detenido, debería haber escuchado las señales de alarma de su cabeza, pero su mente y su cuerpo se habían vuelto locos; ya no podía confiar en sus instintos. Eran como una brújula rota.

Y por eso le pasó desapercibido el trasfondo malicioso de la orden de Benedict.

—No, guardias. Déjenlo. Dejen que se vaya. Dejen que *lo vea*.

Trystan no esperó, salió del pasillo y corrió hacia lo que esperaba que fuera una escalera, pero... no. No era una escalera, era una pequeña habitación.

Y lo que vio adentro le confirmó que los deseos no estaban hechos para personas como él.

Sólo el terror.



CAPÍTULO 4

EL VILLANO

Trystan nunca había creído que la muerte fuera algo bello. Para él era algo lógico, necesario, incluso agradable, si la persona lo merecía. Pero nunca bello, nunca tan difícil de contemplar que provocara que todo su cuerpo se quedara helado y sus músculos se tensaran hasta tal punto que los sintiera palpar bajo la piel. Nunca tan doloroso que su cerebro no pudiera procesar lo que estaba viendo.

Pues en la mesa de mármol blanco que tenía delante en esa habitación de paredes de piedra y luz tenue, yacía su asistente, Evie Sage.

Muerta.

La conmoción se instaló en su médula ósea y en sus piernas, rígidas por el espanto. De nuevo, sentía que le ardían los ojos, pero esta vez no era por la luz. Era por el dolor. *Muévete*, le ordenó con la mente, pero ella se quedó quieta. Anormalmente quieta. Más quieta de lo que jamás la había visto. Una mujer que siempre estaba rebosante de energía errática, cuya boca nunca se cansaba de hacer brotar palabras... Sólo quería que dijera algo, cualquier cosa.

Pero sus labios pintados de rojo estaban cerrados. Formaban una línea plana, inexpresiva. Era tan impropio de ella que resultaba desconcertante. *Imposible*.

Dio un paso tembloroso hacia adelante, ignorando el ruido de la puerta a sus espaldas y el tintineo de una armadura que vino después.

—Tenía pensado ahorrarte este mal trago como mi última muestra de bondad. —El tono de Benedict, tan discordante con aquellas palabras misericordiosas, estaba cargado de desdén. Pero Trystan ni siquiera volteó; no podía prestarle atención a nadie.

Tenía la mirada fija en Sage, en la forma en que su cabello negro estaba extendido con sumo cuidado a su alrededor, como un halo etéreo de rizos con pequeñas flores de colores por encima. Se le hizo un nudo en la garganta al dar un paso adelante. Sus emociones permanecían ocultas tras un muro de incredulidad. Hasta que vio su cuello.

Tenía unas huellas negras y moradas alrededor de la garganta.

Cerró los ojos con fuerza. Apretó tanto los puños que las uñas le reventaron las ampollas que tenía en las palmas.

Benedict habló de nuevo, más cerca esta vez:

—No te preocupes, mi querido muchacho. —Trystan respiró hondo—. No sufrió... *mucho*.

Abrió los ojos de golpe. También los puños. Una inquietante calma se apoderó de su rostro y, por un instante, el mundo se quedó inmóvil.

Y entonces ese instante acabó.

—¡Cabrón desgraciado! —soltó con una voz gutural mientras se abalanzaba sobre Benedict. Las cadenas reprimían la magia que bullía en su interior, pero no importaba: tenía la ira. Era primitiva, estaba al rojo vivo y le bastaba. Las llamas le lamían la piel y el corazón le latía con fuerza mientras avanzaba.

Benedict se estampó contra la pared y se le deslizó la corona de la cabeza, que cayó a los pies de Trystan. Los ojos del rey mostraban puro miedo. *Así me gusta*. Trystan conocía el miedo mucho mejor que esas otras emociones turbulentas que estaban causando estragos en su interior. Los guardias lo agarraron de los brazos para apartarlo, pero él era más fuerte.

Ahora ya no tenía nada que perder.

Agarró a Benedict del cuello con ambas manos, apretando tan fuerte como le permitían las cadenas y los dos guardias que jalaban sus bíceps con ímpetu. Los ojos de Benedict se abrieron como platos mientras se ahogaba y luchaba por respirar.

Al apretar aún más fuerte, Trystan sintió que su conciencia, a pesar de su perenne ausencia, salía a la luz. De repente, ya no era el rey Benedict quien lo miraba; era Evie. Sus dulces ojos rebosantes de lágrimas, aterrados. Se estaba ahogando, muriendo. *Dioses, no.*

Nunca había sentido que sus manos eran tan peligrosas como en ese momento. Las soltó y los guardias consiguieron al fin jalarlo hacia atrás, hacia Sage, hacia donde ella descansaba. Trystan inclinó la cabeza a un lado, absorbiendo su imagen. Se acercó a ella tambaleándose mientras ignoraba los jadeos de Benedict.

No le importaban. Nada importaba. Sólo la veía a ella.

Tragó saliva y, cuando llegó a su lado, cayó de rodillas.

—Sage —dijo en un susurro—. Sage, despierte. —Contempló su cara. Tenía los ojos cerrados y sus pestañas oscuras se apoyaban con suavidad en la parte superior de las mejillas, que estaban pálidas, carentes de su tono rosado habitual—. Le ordeno como su jefe que se despierte.

Notaba que la sangre le bombeaba con más fuerza y sintió cómo se aceleraba aún más cuando su mente finalmente conectó con la realidad. Sage, Evie, la dueña de su corazón corrupto y hecho trizas, se había ido de verdad.

Un líquido cálido se le acumuló en los ojos.

—Es una orden, Sage. —Aunque pronunció aquella orden sin su habitual tono autoritario—. Abra los ojos.

Le miró los dedos, que estaban envolviendo un ramillete de rosas blancas. Le tomó una de las manos. Estaba fría como el hielo. La marca dorada del pacto que antes tenía en el meñique se había desvanecido, toda la magia se había esfumado. No lo había sentido, no había podido ayudarla. Creía que el anillo de tinta que llevaba en el bíceps no había brillado debido a las esposas su-

presoras de magia, pero no era por eso. No había brillado porque ya no había una vida que proteger.

Mientras parpadeaba para intentar reabsorber aquel líquido, una lágrima se le escapó y descendió por su mejilla. Levantó la mano que le había tomado y posó ligeramente los labios sobre sus nudillos. Fue un contacto tan leve como un susurro, y sabía que, aunque siguiera con vida, apenas lo habría sentido.

—Te fallé. Lo siento. Vuelve.

Ella no contestó y Trystan supo que nunca lo haría; entonces cayó en la cuenta de que jamás volvería a oír su voz. Tampoco sus gritos de emoción, ni su risa contagiosa, ni sus tarareos, ni sus bromas, ni sus comentarios ingenuos. Había dado por sentada esa parte de su mundo y ahora se había esfumado para siempre.

Lo había echado a perder, como hacía con todo lo que tocaba, con toda la gente que pasaba por su vida.

Había sido tan egoísta. Al contratarla, la había convertido en un objetivo para sus enemigos. Había sido lo bastante incauto como para creer que, si él fastidiaba las cosas a propósito, no volverían a fastidiarse por accidente. Que ser El Villano lo salvaría.

En vez de eso, había destruido a la única persona que había sido capaz de ver más allá, la única que no se había asustado tras descubrir cómo era él de verdad.

Dioses, nunca iba a perdonarse por esto. Jamás.

Sir Seymore le tomó el brazo con un apretón férreo, pero él apenas lo sintió. Dos guardias más se unieron, y luego otros dos. Hicieron falta varias personas para apartarlo de ella. Gritó hasta que se le quebró la voz, se sacudió y se agitó para luchar contra las manos que lo sujetaban, pero no era lo bastante fuerte. Ya no.

Aun así, siguió luchando hasta que ya no pudo más, hasta que sus extremidades debilitadas cedieron y su visión se volvió borrosa, hasta que lo único que veía mientras lo arrastraban de vuelta a su celda era al último caballero que quedaba, el que tenía unos ojos que le resultaban familiares.

Y estaba moviendo los labios en silencio.

Intentando decir algo sospechosamente parecido a la palabra «esperanza».

Aquello le resultó tan extraño que se distrajo de su desesperación. Frunció el ceño mientras el caballero desaparecía tras la puerta.

¿Esperanza? ¿Por qué querría un Guardia Valeroso que El Villano tuviera esperanza?

Daba lo mismo. La esperanza no serviría de nada. Evie Sage estaba muerta.



CAPÍTULO 5

BECKY

Aquel plan era peligroso. Esa gente estaba mal de la cabeza. Y lo peor de todo es que ella había aceptado colaborar con semejante violación de los principios por los que se rige un buen departamento de Recursos Humanos.

—Me estás pisando el pie —le gruñó a Blade, que estaba a su lado vestido con las galas de un noble.

La tela impoluta de la camisa le quedaba demasiado apretada en la zona de los brazos. Quienesquiera que fueran los aristócratas a los que Tatianna les había robado los disfraces, era evidente que no realizaban tanta actividad física como el adiestrador de dragones. Desde luego, no debían de tener combates de lucha libre a diario con un reptil el doble de grande que una casa.

Aun así, se veía guapo, lo que a ella le provocó una oleada de fastidio.

—Mis disculpas, querida Rebecka. —El timbre grave de su voz le puso la piel de gallina, y la forma en que le sonreía no ayudaba. Notó que el corazón le daba un vuelco al ver la media curva de sus labios, burlones y afectuosos a la vez. Una combinación letal.

Más bien bastante horrible. Mantener relaciones con compañeros de trabajo está muy desaconsejado, ¿recuerdas, Becky?

Con el ceño fruncido, la responsable de Recursos Humanos de El Villano echó un vistazo a la fiesta. El salón de baile era el más grande que había visto, y en otra vida había visto muchos. Los techos abovedados daban la impresión de que la sala era amplia e infinita, y la lámpara de araña brillaba con cientos de velas. Los nobles sólo querían tener lo mejor de lo mejor y este mundo estaba pensado para darles lo que pedían. Era injusto para el resto, y pocas cosas despreciaba más que las injusticias.

¿Cuál era su ejemplo más reciente? Tener que cargar con Blade.

—Estaría bien que prestaras más atención. —Le lanzó una mirada asesina, la más intimidatoria que tenía, de hecho.

Los ojos ámbar del hombre, casi siempre llenos de alegría, se volvieron intensos cuando respondió:

—Te juro que estoy prestando mucha atención. —Y entonces, sin previo aviso, alargó el brazo y le subió los lentes hasta el puente de la nariz. Rebecka ni siquiera se había dado cuenta de que se habían deslizado.

Pero él sí.

Su corazón se aceleró y luchó por controlarlo. *Estate quieto, traidor.*

—Gracias —dijo sorprendida y alarmada por la suavidad de su tono. ¿A qué diablos venía eso?

Blade también se sorprendió, a juzgar por el hecho de que se quedó literalmente boquiabierto y de que su voz se quebró a pesar de su intento de disimularlo aclarándose la garganta.

—De..., ejem, de nada.

La incertidumbre que envolvía sus interacciones se estaba volviendo muy desagradable para ella. Había aceptado trabajar para El Villano con el objetivo de escapar de su caótica vida, de tener un orden. En lugar de eso, le había tocado lidiar con una curandera que vestía ropa rosa de olanes, una asistente del jefe que era la personificación de una bala de cañón y un asqueroso adiestrador de dragones que le dedicaba sonrisas tan intensas que le quemaban las córneas.

Sin embargo, ahora que no sonreía... se sentía extrañamente despojada.

Esto me pasa por acceder a participar en un evento social. Esté o no relacionado con el trabajo, comprometo mis principios.

Cuando abandonó a su familia, juró vivir una vida organizada y en soledad como única forma de encontrar cierto consuelo en este mundo tan cruel. Por eso su decisión de unirse a esta misión le resultaba aún más desconcertante, teniendo en cuenta que apenas podía soportar a esa gente en su día a día. Con todo, no podía permitir que llevaran a cabo ese plan sin ella. Además, era una oportunidad más para decirles a todos adónde ir y qué hacer.

Resulta que eso se le daba de maravilla.

También se le daba de maravilla ser puntual, una habilidad de la que el rey claramente carecía. ¿Cuánto tiempo llevaban allí esperando a que empezara el desenmascaramiento?

Blade levantó una ceja y siguió la dirección de los ojos de Rebecca hacia el gran reloj dorado que había entre dos ventanales. Se tapó la boca con una mano mientras se inclinaba hacia ella y, al hablar, su aliento le hizo cosquillas en la oreja.

—¿No se suponía que empezaba a las nueve?

—¡Sí! —exclamó ella, y luego se avergonzó de haber tenido ese arrebató.

Sin saber muy bien cómo, Blade se las arregló para parecer más indignado que ella.

—Inaceptable. ¿Quieres que Fluffy los reduzca a cenizas para vengarte?

Ella arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

—¿Acaso el dragón estaría dispuesto a hacer tal cosa por mí?

Becky inclinó la cabeza hacia él, sorprendida por la seriedad que transmitía su rostro.

—Sé de buena fuente que el dragón haría cualquier cosa por ti. —Tras pronunciar esas palabras, parpadeó repetidas veces, casi como si saliera de un trance, y después volvió a su estado alegre

habitual—. Eso si algún día consigue encender algo más que una vela de cumpleaños, claro.

Aquella habitación estaba bajo los efectos de algún hechizo; era la única explicación que Becky le encontró a la decepción que sintió cuando Blade volvió a adoptar el gesto radiante que usaba con todo el mundo. Había tenido la extraña sensación de que la expresión intensa que le había dedicado antes había sido... sólo para ella.

Era necesario cambiar de tema, y rápido.

—¿Crees que habrán podido...?

Interrumpió la frase con un grito ahogado cuando Blade la agarró por las caderas y la empujó. Cuando su espalda tocó la pared, la aprisionó colocando un brazo a cada lado de su cabeza.

El corazón se le aceleró y una excitación irracional le calentó la sangre mientras lo miraba embobada tras los cristales de sus grandes lentes.

—¡Señor Gushiken, suélteme ahora mismo! —Estaba demasiado cerca, tan cerca que podía oler el aroma a cedro de su piel. Contra eso no podía luchar.

Él hizo un gesto de disculpa, pero no movió las manos. Las mantuvo en el mismo sitio, casi habría jurado que con actitud protectora.

—Parece que mi padre decidió asistir a su primera celebración en el Palacio Radiante. No pensé que fuera a venir. No suele gustarle mucho eso de socializar con gente. —Ah, había olvidado que Blade había crecido aquí y que su padre era consejero del rey.

Becky se pasó la lengua por los labios y se le hizo un nudo en el estómago al ver que a él se le dilataban las pupilas.

—Supongo que no queremos que te reconozcan.

—No. —El tono ronco de su voz hizo que ella se estremeciera.

Resonaron tres fuertes golpes en el vasto espacio, llamando la atención de todo el mundo. Blade retiró una mano para que

ambos pudieran ver al rey Benedict de pie en lo alto de la gran escalera.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos, mis honorables invitados, al desenmascaramiento de El Villano!

Todo el mundo hizo una reverencia y después la multitud empezó a vitorear cuando varios Guardias Valerosos entraron por el portón que había detrás del rey arrastrando un cuerpo: era un hombre con una vestimenta impecable, todo de negro, desde la máscara que llevaba hasta las botas relucientes que calzaba. Los videntes se convirtieron en abucheos.

—Jefe... —susurró Blade con un tono de preocupación.

El Villano fue arrastrado por los escalones de mármol hacia la tarima que había junto a la pared del fondo. Iba tropezando, con las muñecas encadenadas y la boca formando una línea firme y tensa. No se inmutó, ni siquiera cuando un Guardia Valeroso lo encadenó al poste que sobresalía del centro de la tarima. Ya había otro hombre encadenado a su lado, uno de cabello largo y pelirrojo y con la barba a juego.

—Arnold —susurró Blade.

Becky detuvo sus tumultuosos pensamientos y se dio la vuelta para mirarlo.

—El curandero de la esencia se llama Arthur.

Blade frunció el ceño.

—¿Estás segura?

—¡Sí! ¡Sólo faltaría ahora ponernos a discutir por esto, ni que nos sobrara el tiempo! —le reprendió.

Al adiestrador se le escapó un suspiro entrecortado, pero mantuvo el cuerpo inclinado sobre el de ella, como si la protegiera del resto de la sala mientras el rey continuaba.

—Esta noche, por fin, terminaremos con una década de tiranía a manos de El Villano y lloraremos a los que hemos perdido por culpa de sus maldades. —El rey inclinó la cabeza en señal de solemnidad, pero Becky juraría haber visto una minúscula sonrisa asomando por sus labios—. ¡Contemplan a la última víctima de

El Villano! —anunció mientras levantaba la cabeza—. Una luz para siempre extinguida por la oscuridad. La hija de un apreciado caballero. Nuestra querida Evangelina Sage.

Becky sintió que se le salían los ojos de las órbitas cuando un gran ataúd de cristal adornado fue arrastrado desde una puerta lateral hasta el centro de la sala. La multitud lo rodeó y eso les dificultó la visión.

—Esto es inaceptable —espetó cuando el reloj marcaba que eran las nueve y diez.

—¡Rebecka! —gritó Blade mientras ella se abría paso entre la gente, pero se quedó paralizada cuando por fin se despejó el camino hacia el ataúd.

Evangelina yacía dentro, quieta, como si estuviera muerta. *No, esto está mal. Algo salió mal.* Ese no era el plan...

La voz del rey retumbó en la sala una vez más mientras Blade la agarraba por los hombros desde atrás. Al ver a Sage, soltó un par de improperios.

—Juntos, esta noche, entramos en una nueva era para Rennedawn, puesto que mis Guardias Valerosos y yo comenzamos aquí nuestra búsqueda para completar la profecía de *La historia de Rennedawn*. Dado que si fracasamos... —Se dibujó otro amago de sonrisa en los labios del rey durante unos pocos segundos y después desapareció, pero eso no evitó que Becky registrara aquel pequeño movimiento—... nuestro reino dejará de existir.

La multitud estalló en gritos.